

CASA DE CAMPO

Ana María Cavero S.  
[a\\_cavero@hotmail.com](mailto:a_cavero@hotmail.com)

“Casa de Campo, un nombre demasiado bonito para este lugar”, dijo Rosana con voz determinante; pero al ver que sus palabras no tenían eco y no era observada, decidió alejarse un poco para abstraerse en sus pensamientos. Dejó el asfalto y caminó pisando el pasto seco ingresando al bosque. No hacía mucho tiempo que había llegado a Madrid pero se sentía vieja y cansada cuando pensaba en todo lo pasado.

Sacudió la cabeza soltando al viento su largo pelo negro como para alejar de su mente esas ideas y siguió caminando mirando al suelo para evitar un tropezón.

Había nacido en uno de esos pueblos de la sierra central del Perú, con casitas de adobe, olor a hierba y palmeras en la plaza. Su madre y su padre eran campesinos por lo que llevaban una vida austera, pero cuando Rosana recordaba los días de su infancia no podía evitar sonreír. Había crecido libre, y libertad era lo que más le faltaba en este momento.

Cuando su cuerpo apenas empezaba a cambiar llegó a Lima “donde todo es más fácil y puedes prosperar”, le dijeron. Pero las comodidades que encontró no suplieron la falta de sol, una constante del gris invierno limeño; y de cariño, nunca más volvió a ver a sus padres.

Era bonita y lo sabía. Su padre siempre bromeaba diciendo que era tan graciosa como una vicuña. Su largo cuello y sus almendrados ojos profundamente negros le daban definitivamente un aire a ellas, pero más se les parecía por su fragilidad.

¿Cómo decidió dejar Lima? ¿Por qué partió de su país para emprender una aventura en un lugar tan lejano? Ni ella misma se lo explicaba. Lo cierto es que se enamoró. Pedro, un hombre mayor que ella la sedujo fácilmente con el cuento de la familia feliz. Rosana, necesitada de amor, le creyó. “Vámonos a España” –le dijo- “ahí hay trabajo, pagan bien y será el lugar perfecto para tener a nuestros hijos”.

Ahora, mientras caminaba cruzando el bosque, Rosana no podía más que arrepentirse.

Recordó aquella primera vez y todo lo que había imaginado cuando Pedro le dijo que la iba a llevar a Casa de Campo. Esa vez imaginó de todo y ahora, si pudiera, preferiría no haberlo hecho pues, poco a poco, había comprendido que era mejor no tener ilusiones.

No encontró una casa –o por lo menos ella nunca la vio- y aunque algo de campo había, éste era muy distinto al que ella conocía y había dejado atrás algunos años antes.

Sólo por un instante creyó percibir el florido aroma tan característico de su pueblo natal, pero la negra realidad hizo que éste se diluyera. “Ni casa, ni campo”, pensó. Ahí sólo encontró un grupo de chicas, todas tan asustadas como ella.

La primera vez, y algunas más que siguieron después, lloró. Lloro de rabia, de impotencia, de pena y asco. Ahora estaba seca como el pasto que pisaban sus zapatos de tacón. Llegó al punto desde donde se podía ver desde lo alto esa ciudad iluminada que ahora le parecía terrible. Aunque trató de evitarlo no pudo hacerlo y los recuerdos llegaron a su mente como flechas rompiendo el silencio.

Cuántas ilusiones llegaron en su única maleta, cuántos sueños. Qué alegría recorrer las callejuelas, ver los monumentos, perderse entre la gente que hablaba igual pero diferente, reírse de ellos entre dientes. Tal vez lo hizo un poco en venganza de quienes se habían reído de ella por su manera de hablar con el típico acento serrano, cuando –siendo aún una niña- llegó a la capital por primera vez.

Ahora estaba lejos, como a un océano de distancia, en otra capital. Una más grande, más bonita tal vez pero también más extraña. Recordó lo luminosa e inmensa que le había parecido

Madrid en un principio y ahora era tan oscura, tan amarga como el sabor de su boca al amanecer.

Pensó en Pedro y en cómo había cambiado para convertirse en ese ser repulsivo que la amenazaba constantemente. El sonido de un motor la puso alerta y empezó a regresar sobre sus pasos. Se secó las lágrimas y mientras se acercaba al conductor fingió una sonrisa tan fría que se congeló en sus labios. La noche era joven todavía y volvía a sentirse más que nunca presa del destino. Vendida, sin saber cual fue el precio ni quien lo pagó.